

LAS FIESTAS NACIONALES EN FRANCIA DESDE 1789 HASTA LA ACTUALIDAD: entre la memoria y la construcción identitaria

Rémi Dalisson

Universidad de Rouen, Francia

Desde 1789, incluso antes bajo el régimen absolutista, Francia ha mantenido una relación especial y compleja con la fiestas nacionales y políticas. Desde 1790, el poder las ha considerado tanto una pedagogía política como una diversión, un buen medio de legitimación del poder y para la edificación de una identidad nacional. Sin embargo, en la actualidad, en la época de la globalización, esta práctica festiva y memorial está siendo cuestionada.

Sobre el zócalo revolucionario (desde la I República a Napoleón I, de 1792 a 1815), y durante todo el siglo XIX, la fiesta nacional francesa se construyó empíricamente según el modelo de la fiesta de la Federación. Perdurando a través de diferentes regímenes políticos (4 regímenes desde 1815 a 1870), se dotó de un lenguaje y de una escenografía bastante simple, hecha de diversiones vespertinas (juegos, teatro, gimnasia, escuela), y de pedagogía cívica matinal (discursos, ceremonias oficiales, misas, revistas...). Repletos de códigos aparecen los fuegos artificiales, los bailes, *Marianne*, la *Marsellesa* (a pesar de las prohibiciones bajo el Segundo Imperio), los jubileos, los concursos de orfeones... que, en su conjunto, contribuyen a dibujar una representación nacional, una memoria nacional para unificar las poblaciones.

El punto álgido de esta pedagogía festiva lo representó la III República (1875-1940), con la festividad en torno al 14 de julio –antes de la Primera Guerra Mundial–, acompañada después con el 11 de noviembre (Día del armisticio) y la fiesta de Juana de Arco. Durante ese período, se forjó una «novela nacional» (P. Nora) edificante, hecha de laicidad, de patriotismo (la revancha sobre Prusia), de mitología escolar para promocionar los ideales de los Derechos del Hombre y

del Ciudadano. La fiesta nacional adquirirá sus características definitivas, alrededor del baile de los bomberos, de las asociaciones cívicas y lúdicas (deportes, orfeones), profesores de instituto, héroes republicanos (Víctor Hugo), grandes fechas (Valmy), el alcalde, los tres colores, *Marianne* (M. Agulhon) y el ejército de reclutamiento. Los decorados tricolores invadieron las calles para señalar las virtudes cívicas y republicanas de una fiesta nacional donde las tasas de celebración alcanzaban el 92%, incluso en el campo.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial y Vichy (1940-1944) perturbaron este bello ordenamiento cívico y festivo. El régimen fascistizado de Vichy quiso honrar unos valores (la «Revolución nacional») situados en las antípodas de la República mediante el culto a la personalidad y una propaganda festiva de tipo totalitario (nuevas fiestas de la Legión, del jefe, del corporativismo o del deporte). De todos modos, la Resistencia (De Gaulle, los comunistas) continuaron utilizando las fiestas cívicas tradicionales (14 de julio, Valmy, 11 de noviembre) para legitimarse, incluso en Inglaterra y entre el maquis.

Las fiestas después de la guerra (IV República, de 1946 a 1958) crecieron pues en la tradición republicana, didáctica, cívica y optimista, a la que se añadió una nueva memoria de la Resistencia (el 8 de mayo) como fecha de reconciliación nacional. Pero, la Guerra Fría y la oposición comunista (primer partido de Francia de los años cincuenta) dividieron la fiesta en dos: con una vertiente patriótica clásica y otra comunista militante, alineada con la URSS (el 1º de mayo).

El mismo De Gaulle (1959-1969) no consiguió reunificar el corpus festivo en el cual la didáctica cívica, colectiva y patriótica chocaba de frente con el hedonismo individualista de los «Trente glorieuses» (1945-1975). Las participaciones en las fiestas declinaron y su mensaje no calaba entre las jóvenes generaciones. Fue necesario esperar a Giscard d'Estaing (1974-1981) para que una tentativa de modernización de la fiesta nacional viera la luz, contando igualmente con el aporte de la izquierda (1981-1995), alrededor del Bicentenario de 1789 y del desfile de Jean-Paul Goude (en 1989 en los Campos Elíseos). Estos artificios escénicos impidieron que el mensaje cívico de las fiestas se perdiera en medio de la crisis económica y el consumismo de la globalización.

Desde el comienzo del siglo XXI, se ha producido en Francia un intento de renovación del mensaje festivo (Nicolas Sarkozy desde 2007), sobre un fondo de querellas memoriales (ver Jacques Chirac y las leyes memoriales de 2004-2005), de nostalgia republicana y pérdida de referencias nacionales en una Europa en transformación.

La fiesta nacional republicana es popular en Francia, pero poco participativa. Su mensaje es más confuso y los poderes actuales –al igual que los precedentes– buscan siempre su instrumentalización para legitimarse, a riesgo de reavivar las disputas sobre el imaginario nacional francés, como puede verse en la actualidad.